

*Francisco LLera es catedrático, director del departamento de Ciencia Política en la Universidad del País Vasco y director del Euskobarometro.*

Buenas noches. Muchas gracias Maite, muchas gracias sobre todo a los de la ponencia por la participación entusiasta, por la riqueza de las intervenciones porque se nos ha quedado corto el tiempo, es verdad que el tiempo no se acaba aquí, lógicamente, y hay que decir que es imposible resumir en tan poco tiempo, me han dicho 3 minutos, todo lo que habríamos podido decir. Pero antes de hacer ningún tipo de resumen, confieso la emoción y la ilusión que produce la intervención anterior de Iagoba y sus amigos porque significa varias cosas. Primero, que hay cantera. Segundo, que tenemos futuro y tercero que a pesar de la autocrítica con la que vivimos los educadores y la gente de la cultura, lo que estaba pasando todos estos años, no lo debemos de hacer del todo mal porque la siembra está dando buenos resultados a pesar de todo.

Si hay algún escenario en el que los riesgos o los efectos de una política como la que estamos sufriendo en estos veintitantos años se dejan notar, es justamente el de la cultura y el de la educación. En este doble escenario de la cultura y la educación, fundamentales para la cohesión de cualquier tipo de sociedad y sobre todo para la transmisión, no sólo de conocimientos, sino de valores y de símbolos que nos identifiquen y nos permitan convivir en paz, en justicia, en igualdad y en pluralidad es justamente este terreno en el que la política de persecución, de limpieza ideológica, de exclusión, de control social, la hemos vivido probablemente como en ningún otro ámbito de nuestra sociedad. Que le cuenten a Agustín Ibarrola lo que es la exclusión simbólica y la persecución ideológica de su producción artística por ejemplo, pero quien dice Agustín, cuántos más diríamos.

Por eso, en la ponencia se hace un diagnóstico de la deriva que la educación y el monopolio nacionalista de los instrumentos de cultura, de los instrumentos simbólicos y de los instrumentos de reproducción de valores están produciendo sobre nuestra sociedad, corrompiendo la ética cívica, anulando la ética cívica, en definitiva, produciendo un fenómeno tan premoderno como es la destrucción de la sociedad y su sustitución por la tribu. Justamente porque el nacionalismo se ha dado cuenta de que no puede con esta sociedad, es su fracaso, es otro de los diagnósticos que hacíamos. El nacionalismo teme a la sociedad, porque la sociedad es lógicamente el terreno de la pluralidad, teme los valores cívicos y por eso trata de partirla y sustituirla por otra cosa distinta, premoderna, presocietal, predemocrática, que es la tribu. Esto es, justamente, lo que el cambio en la educación, el cambio en la cultura tiene que evitar y tiene que cambiar radicalmente. Necesitamos hacer realidad un consenso educativo cuyo primer objetivo de la educación debe ser formar buenos ciudadanos, no buenos nacionalistas. Queremos construir una sociedad formada por ciudadanos libres e iguales ante la ley y eso sólo se puede hacer desde una institución educativa que fomente el respeto de la justicia y las libertades, cultive la tolerancia y el pluralismo y procure y garantice la igualdad de oportunidades. Por eso, uno de los elementos de mayor insistencia en las

discusiones de esta mañana y de esta tarde era justamente propugnar un cambio radical de la política lingüística en la educación, haciendo que la lengua materna sea la de la enseñanza y no haciendo de la lengua un instrumento para el adoctrinamiento y la exclusión social como se está produciendo.

Necesitamos ese cambio social, ese cambio cultural, ese cambio educativo y ese cambio político, justamente, para devolverle a la sociedad vasca la dignidad y el pluralismo.